

El último juego

Roberto González Echevarría

Profesor. Universidad de Yale.

—¿Quién es el mejor manager en realidad,

Luque o Mike González?

—Creo que son iguales.

Ernest Hemingway,

El viejo y el mar

La madrugada era fresca y clara en La Habana el martes 25 de febrero de 1947. El viento alejaba las altas nubes de las lluvias del día anterior mientras un resplandor dorado comenzaba a revelar el horizonte de la ciudad. Los vendedores de periódicos rompían el silencio con sus gritos; las botellas de leche tintineaban en las aceras ante las puertas de los clientes al ser depositadas por los lecheros, quienes completaban sus rondas. Apenas comenzaba a escucharse el estruendo de los ómnibus y el estrépito de los tranvías. Pronto, como impelidos por un repentino apremio migratorio, miles de personas los abordarían, uniéndose a los que iban a pie o en carros. Se dirigirían al Gran Stadium de

La Habana, el nuevo parque de beisbol no lejano del centro, hacia el sur. Esa tarde se produciría el final más dramático de los casi setenta años de historia de la Liga Cubana, en un juego que —aunque nadie aún lo sabía— sería el más importante que se hubiera realizado hasta el momento en la Isla, tal vez el último de tal envergadura.

En Santos Suárez, un barrio de clase media de La Habana, que se había desarrollado sobre todo en los años 20 en un estilo que recordaba a California, un hombre de treinta años se disponía a desayunar. Quería llegar temprano al estadio para encontrar asiento o simplemente para poder entrar. Su hijo de tres años comenzó a suplicar que lo llevaran al juego. No le hicieron caso; por eso ahora debo reconstruir lo que ocurrió aquella tarde. Mi padre (y tocayo) me contaría después —cuando yo todavía seguía desconsolado y le reprochaba no haberme llevado al juego con él—, que a media mañana había encontrado las gradas ya bastante llenas (para el juego de las 3 de la tarde) y la atmósfera carnavalesca era rasgada por los gritos de quienes hacían las primera apuestas. (En el parque se permitió esta práctica hasta el fin del deporte profesional

Versión de un capítulo del libro *The Pride of Havana: A History of Cuban Baseball* (Oxford University Press, Nueva York, 1999), enviada especialmente por el autor para este número de Temas.

en Cuba). Cuando comenzó el juego —me contaba, insinuando lo peligroso que habría sido todo aquello para mí, a edad tan temprana—, los espectadores estaban en el terreno, separados de los jugadores por sogas, mientras otros, más intrépidos, habían subido por docenas a las torres del alumbrado.

Febrero es un mes fabuloso en el Caribe, una suerte de primavera repentina, sobre todo para quienes han sufrido el frío glacial del Norte y su deprimente oscuridad. Hay un aire fresco, relajante, y una claridad suave, que disfrutan sobre todo los nativos, quienes sufren todos los años los días húmedos, abrasadores, del verano. Una tarde de febrero en La Habana es perfecta para un juego de pelota y la de hoy sería memorable. Quienes se apresuraban en llegar al estadio sabían que el juego decidiría el campeonato de 1946-1947 a favor de uno de los dos enconados rivales, los Rojos del Habana y los Azules del Almendares; los dos managers más reverenciados de la historia del beisbol profesional cubano se enfrentarían por primera vez en un juego en que se arriesgaba todo, y la excitante contienda que estaba a punto de terminar marcaba el final de la temporada más exitosa de la Liga Cubana, en la que se había llenado repetidamente el recién estrenado estadio que nada tenía que envidiar a los de grandes ligas. Una vez que llegaran allí, los fanáticos descubrirían que el lanzador del Almendares, Max Lanier —que había derrotado al Habana solo cuarenta y ocho horas antes— iba a subir de nuevo al montículo para intentar una rara hazaña de resistencia y voluntad. Lo que no podían saber ni siquiera los fanáticos más conocedores era que el juego de esa tarde estaba plagado de augurios para el beisbol cubano y era una batalla crucial en una guerra más amplia en la que participaban el beisbol organizado de los Estados Unidos, el de la Liga Mexicana y el caribeño en general. La Liga Mexicana había desafiado al monopolio de talentos del beisbol estadounidense, y la inminente integración racial en las grandes ligas iba a cambiar para siempre los lazos tradicionales que existían entre la Liga Cubana y las Ligas Negras. La inquietud laboral entre los jugadores y el surgimiento de una liga rival en Cuba, que retaba al circuito profesional establecido, habían creado algo de inestabilidad, y la independencia relativa de que disfrutaba la Liga Cubana en relación con el beisbol estadounidense estaba a punto de terminar. Nunca más jugarían las figuras establecidas de las ligas mayores en la pelota cubana y las estrellas del país serían esporádicamente amonestadas por eso en el futuro. De hecho, a algunas estrellas cubanas se les prohibiría jugar en Cuba, como sanción por haber jugado en México. Otros hechos, todavía desconocidos, hijos del azar, fueron que nunca más el Habana y el Almendares se verían enfrentados en una contienda como esta y nunca

los patriarcas del beisbol cubano, Miguel Ángel González y Adolfo Luque, volverían a chocar en un encuentro tan trascendental como el que se iba a producir en el Gran Stadium.

Quiso el destino que el juego de la tarde del 25 de febrero fuera presenciado por algunos de los protagonistas de las históricas luchas que se desarrollaban en aquel momento en el beisbol organizado. Los Dodgers de Brooklyn, dirigidos por el irascible Leo Durocher y el pomposo Branch Rickey, habían aterrizado en La Habana el día 20 para comenzar su entrenamiento de primavera en el nuevo Gran Stadium. Con ellos venía la seductora Laraine Day, la actriz con quien se había casado Durocher después de un escándalo que había recibido gran publicidad, y Jackie Robinson, quien acababa de poner fin a una fabulosa primera temporada en el beisbol organizado como miembro de los Royals de Montreal, el equipo de los Dodgers en la Liga Internacional. Rickey, que había preparado con cuidado la entrada de Robinson en el beisbol organizado, había escogido La Habana para este entrenamiento de primavera, especialmente crucial, debido a que las relaciones raciales en esa ciudad eran menos restrictivas. Además, no era esta la primera vez que los Dodgers venían a La Habana a entrenar y disfrutar de su clima primaveral. Desde principios de los años 40, La Habana había sido un lugar favorito de entrenamiento y solo se había abandonado a causa de las restricciones que la guerra impuso a los viajes. Los Dodgers pronto serían noticia cuando Durocher, a quien se vio con algunos tahures en el Gran Stadium durante un juego de exhibición contra los Yankees de Nueva York, fue suspendido por el Comisionado A. B. Chandler («Happy»)¹.

Se anticipaba que Robinson pronto pasaría de los Royals a los Dodgers, rompiendo oficialmente, de ese modo, la barrera de color en el beisbol moderno de Grandes Ligas. La presencia de Robinson en La Habana no podía ser más significativa para la pelota profesional cubana. Su contratación, el año anterior, fue uno de los varios cambios importantes en el deporte que harían de la temporada de la Liga Cubana de 1946-1947 el fin de una era y el comienzo de otra. Con Robinson y el pequeño número de negros que entró en el beisbol organizado en el decenio siguiente, las Ligas Negras —una de las principales fuentes de talento de la Liga Cubana— entraron en una declinación lenta, pero irreversible, que hizo peligrar las carreras de muchos jugadores negros, ya maduros, que no fueron contratados por las Ligas mayores ni por las menores. En un nivel estrictamente comercial, la integración racial del beisbol organizado fue uno de la serie de movimientos monopolistas de las Grandes Ligas que

afectarían profundamente la pelota profesional en Cuba y en otros lugares del Caribe, México y América Central y del Sur.

Otro factor conexo fue el surgimiento de la Liga Mexicana bajo la dirección de Jorge Pasquel, que amenazaba el control absoluto que los dueños de equipos en los Estados Unidos tenían sobre sus jugadores. Cuba y México disfrutaban las recompensas del auge económico de posguerra, así como de una plétora de jugadores buenos; mientras que en los Estados Unidos, los veteranos de guerra llenaban los listados de los equipos de las Ligas mayores y menores. La disponibilidad de tanto talento, capaz de desbordarse a ligas no regidas por el beisbol organizado, dio origen a un conflicto de largo alcance en el que finalmente prevalecieron los más fuertes intereses estadounidenses. La temporada de 1946-1947 de la Liga Cubana reflejó esta lucha, la cual culminó a principios del verano con un acuerdo oficial entre el beisbol cubano y el estadounidense. Este pacto cambió la naturaleza de la Liga Cubana hasta su deceso en 1961, como consecuencia de la revolución dirigida por Fidel Castro. Pero en La Habana, y en toda Cuba, y de hecho en buena parte del Caribe y de América Central, a donde llegaban las transmisiones radiales, el centro de atención este martes 25 de febrero era el juego de esa tarde entre el Habana y el Almendares en el Gran Stadium, no los Dodgers ni los problemas del beisbol estadounidense.

El nuevo estadio, ubicado en el Cerro, en un tiempo una aristocrática barriada de La Habana, pero ahora un barrio popular, era el símbolo más tangible de los recientes cambios ocurridos en el beisbol profesional cubano. La nueva instalación daba cabida a más de treinta mil personas, mientras que La Tropical (el gran estadio de la cervecería Tropical), donde la Liga había jugado desde principios de los años 30, solo acogía unas quince mil. Y lo que es más importante, La Tropical, como se le llama al parque en Cuba, era parte de los jardines de una cervecería que incluía salones de baile y otras atracciones, y pertenecía al viejo dinero cubano. La cervecería era propiedad de Don Julio Blanco Herrera, un patriarca deportivo que había construido el estadio para que Cuba pudiera servir de anfitrión a los Juegos Centroamericanos de 1930. El ambiente bucólico y los enormes espacios necesarios para acomodar el campo y pista y otros deportes hacían de La Tropical una bella arena deportiva, pero no era posible ampliarlo sin cambiar por completo su carácter. El nuevo estadio, por otra parte, fue construido por Roberto Maduro, «Bobby», y Miguel Suárez, «Miguelito», descendientes ambos de nuevas familias millonarias, cuyo dinero procedía de los seguros y tenían fuertes vínculos con intereses estadounidenses. El hecho

de que la Liga abandonara La Tropical por el Gran Stadium del Cerro fue un importante desafío comercial que no quedó sin respuesta: se formó otra liga, que recibió el nombre de Liga de la Federación, financiada principalmente por Don Julio y que competía en talento (nacional y extranjero) con la establecida. Operó en el viejo parque en la temporada de 1946-1947.

El paso de La Tropical al Gran Stadium fue reflejo de la estabilidad que Cuba disfrutó durante la Segunda Guerra Mundial, así como de la mayor cercanía a los Estados Unidos que este conflicto produjo. La guerra aumentó los precios y la demanda del azúcar y el ejército norteamericano instaló bases aéreas en la Isla, construyó o reconstruyó aeropuertos en Camagüey, Cienfuegos y San Antonio de los Baños, cerca de La Habana, y mantuvo efectivos en instalaciones estratégicas como las minas de níquel de Nicaro. Batista había sido electo para la presidencia apoyado por una coalición que incluía a los comunistas. Batista se cubrió con un manto democrático al entregar el poder pacíficamente a su sucesor y rival, el Dr. Ramón Grau San Martín, en 1944. Julio Blanco Herrera, que había disfrutado del favor de Batista, se encontraba ahora buscando el de Grau cuando la Liga Cubana abandonaba su parque y su patrocinio.

Todo esto bullía bajo la superficie cuando el país completo hacía una pausa para la épica contienda entre el Habana y el Almendares. Por la mañana temprano, los Dodgers realizarían ligeros ejercicios en el Gran Stadium, la mayoría de ellos probablemente al margen del frenesí partidista que los rodeaba y de la importancia del juego que se desarrollaría esa tarde en ese mismo terreno. Al romper el alba del 25 de febrero, Max Lanier —quien sería el protagonista de ese drama vespertino y que en un tiempo, cuando lanzaba para los Cardenales, había sido el tormento de los Dodgers de Durocher— se movía en su apartamento. Muchos años después me diría que no le intimidaba la importancia del juego, que no lo tocaba verdaderamente la rivalidad entre el Habana y el Almendares, que era algo solo cubano. Por todas partes había maletas semiempacadas; Lanier tenía boletos para el vuelo nocturno. Regresaría a la Florida y a su familia, en Saint Petersburg, cualquiera que fuera el resultado del juego. Dejaría el duelo o los festejos a los demás. La temporada beisbolera de Lanier había sido crucial por razones mucho más importantes para él que un simple juego en tierra extraña. Lo había hecho salir no solo del beisbol organizado, sino también de los Estados Unidos. Como uno de los más notorios jugadores de las mayores que «saltaron» a la Liga Mexicana, al regresar a casa lo consideraban como a un traidor. Había sido un jugador verdaderamente destacado de las Grandes Ligas, había lanzado en dos Series Mundiales, y en 1946 había ganado seis juegos

seguidos antes de decidir abandonar a los Cardenales y aceptar el ofrecimiento de Pasquel. El domingo, Lanier había ganado un juego de vida o muerte contra el Habana, que puso al equipo Almendares en posición de empate con los Rojos. El lunes, Almendares logró medio juego de ventaja en un encuentro plagado de difíciles decisiones estratégicas sobre las que los fanáticos discutirían durante los siguientes decenios. El juego del martes decidiría el campeonato.

La batalla que se anticipaba enfrentaba a los que la frenética prensa nacional, con característica licencia hiperbólica, llamaba «los eternos rivales»: los Rojos o Leones del Habana y los Azules o Alacranes del Almendares. En los términos relativos de la breve historia del béisbol, la exageración de los excitados cronistas y narradores deportivos no era en realidad demasiado desmedida. Los equipos que se enfrentaban esa tarde eran más viejos que la mayoría de los de las Grandes Ligas: los Rojos del Habana y los Azules del Almendares existían desde el decenio de 1860 y habían comenzado a jugar uno contra el otro regularmente desde 1878, cuando se fundó la Liga Cubana, veinte años antes de que Cuba fuera independiente de España. La temporada de 1946-1947 los había visto batallar con triunfos y fracasos: los Rojos habían prevalecido desde mediados de temporada y los Azules se habían apresurado a alcanzarlos al final, mientras Cienfuegos y Marianao, equipos con pocas posibilidades de ganar, ofrecían buena competencia a ambos y participaban también en los juegos cruciales. Los cuatro equipos no solo eran de alta calidad, sino que estaban llenos de jugadores cubanos legendarios cuyas carreras se remontaban a los años 20. Había también muchos jugadores estadounidenses, mexicanos y hasta un venezolano. La temporada de Cuba había sido la mejor del Caribe en aquella ocasión.

Como en todas las batallas épicas, Habana y Almendares, con seguidores a los que no hace justicia la palabra «fanático», estaban dirigidos por dos héroes de proporciones gigantescas, dos de los patriarcas del béisbol cubano moderno. El Habana era comandado desde 1938 nada menos que por Miguel Ángel «Mike» González, graduado del Gas House Gang de los Cardenales. El Almendares, que llevaba el nombre de un río de la capital, tenía el mayor número de seguidores en el país y en toda la cuenca del Caribe por medio de las transmisiones radiales. Era dirigido por Adolfo Luque, a quien los norteamericanos llamaban «Havana Perfecto» o «The Pride of Havana» (nombre de un tabaco habano, por supuesto), y los cubanos «Papá Montero» (un bailarín folklórico y proxeneta afrocubano). En 1923, Luque había ganado 27 juegos para los Rojos del Cincinnati y, entre 1918 y 1935, 194

juegos para ellos, los Gigantes de Nueva York y los Dodgers de Brooklyn.

Las carreras de González y Luque se remontaban a los primeros años del siglo y se entrelazaban con la historia moderna de la Liga Cubana. Luque era conocido por su temperamento explosivo y lengua cáustica, así como por su estilo de lanzar. Se decía que iba armado, incluso con su uniforme, y era un poco bebedor y parrandero. Luque vivía al día. Miguel Ángel, de poco bateo pero notable receptor defensivo, era una persona tranquila, estudiosa, con buen sentido para los negocios; terminó de dueño del Habana y con una fortuna considerable. Era un hombre delgado con orejas paradas y, en su juventud, parecía un Stan Laurel de mayor tamaño que el que hacía pareja con Oliver Hardy. Por lo alto y enjuto lo llamaban «Pan de Flauta» o «Canillitas», tal vez debido a que tenía las piernas delgadas o probablemente porque caminaba como Charles Chaplin, a quien daban ese nombre.

En la mañana del 25 de febrero, Luque y Miguel Ángel todavía no habían conformado sus alineaciones. Ambos debían realizar decisiones cruciales en lo tocante al lanzador. Todavía se escuchaban en las gradas fuertes debates, por decisiones tomadas los dos días anteriores. El resbalón de los Rojos y la pérdida del juego del lunes había hecho de Miguel Ángel el chivo expiatorio, pero una victoria podía redimirlo y el Habana había ganado con tanta frecuencia en la temporada, que una victoria más podía ser posible. Al Almendares, por otra parte, le había costado mucho llegar a ese día. Sus dos ases zurdos, Agapito Mayor y Lanier, estaban agotados. El «Triple Feo», como le decían a Mayor, había vencido al Habana el día anterior. ¿Quién abriría el juego? Un examen de la temporada mostraría las opciones que encaraban ambos patriarcas del béisbol cubano cuando se enfrentaban en la tarde del 25 de febrero de 1947, y las fuerzas más amplias que contribuyeron a conformar el resultado de la temporada.

La Liga mexicana

En la primavera y el verano de 1946 habían circulado noticias de que Jorge Pasquel intentaba mejorar la Liga Mexicana contratando a estrellas cubanas de las Grandes Ligas. La Liga Mexicana existía desde los años 30 y en México se había jugado pelota desde el siglo XIX. Pero a fines de ese decenio y principios de los 40, la Liga Mexicana había comenzado a atraer a un número creciente de jugadores negros estadounidenses, así como a cubanos de todos los colores, y a otros latinoamericanos. Con estos reclutados y los jugadores locales, era un circuito bastante fuerte y representaba una opción para los jugadores que no se

En un nivel estrictamente comercial, la integración racial del beisbol organizado fue uno de la serie de movimientos monopolistas de las Grandes Ligas que afectarían profundamente la pelota profesional en Cuba y en otros lugares del Caribe, México y América Central y del Sur.

sentían cómodos en los Estados Unidos. Había sobre todo cubanos, puertorriqueños, venezolanos y dominicanos negros, pero también unos pocos blancos de esos países. La mayoría de los jugadores eran, sin duda, negros norteamericanos y cubanos.

Lo que Pasquel intentaba hacer era mejorar la calidad del juego contratando a jugadores estadounidenses de las grandes ligas y elevar la imagen del beisbol mexicano robando el mayor número posible de nombres de brillo. Como presidente y prácticamente zar de la Liga, llenó a los equipos de talentos, logró que otras personas invirtieran en los locales e incluso importó de Cuba a los árbitros Raúl Atán («El Chino»), y Amado Maestri.² Pasquel iba de un lado a otro exhibiendo literalmente fajos de billetes ante las estrellas estadounidenses e incluso le envió un cheque en blanco, firmado, a Bob Feller. Sus maniobras no dejaron de atraer la atención hacia su persona y hacia la Liga Mexicana, sobre todo cuando unos pocos de los jugadores norteamericanos decidieron tomar el dinero, rompiendo con ello los contratos con sus equipos y con el beisbol organizado de los Estados Unidos.

Jorge Pasquel, que había jugado en la Liga Mexicana y la había dirigido durante breve tiempo, era un multimillonario con gustos costosos, que disfrutaba de la vida y sentía un profundo orgullo nacionalista. En un mercado capitalista, la cuestión era tener dinero y él y sus hermanos tenían mucho. Hasta donde he podido confirmar, los Pasquel controlaban la aduana de México y recibían una tajada de todas las importaciones. Pero Pasquel no tomó en cuenta que su nacionalismo tenía una fuerte contrapartida en los Estados Unidos, donde muchos propietarios de equipos consideraban que el juego les pertenecía. El beisbol era, al fin y al cabo, el juego nacional y parte del patrimonio del país. Pasquel tampoco tomó en cuenta el racismo y el desprecio generalizado que había en los Estados Unidos hacia todo lo mexicano.

No es sorprendente que Pasquel lograra sus mayores triunfos en sonsacar a los jugadores de calidad de los Cardenales de Saint Louis: además de Lanier, el lanzador Fred Martin y el prometedor fildeador Lou Klein también se habían ido al Sur. En los años 30, bajo la dirección de Branch Rickey, los Cardenales habían sido el primer equipo en crear un «sistema» compuesto por

muchos equipos de ligas menores en que cientos de jugadores bregaban por salarios muy bajos, con poca esperanza de llegar a las mayores. También fue de los Cardenales que Pasquel recibió el tipo de respuesta que buscaba. Desafiando a otros magnates del beisbol, Sam Breadon, propietario de ese club, tomó un avión a México para hacerle a Pasquel una visita de cortesía. Fueron juntos a un juego y los fotografiaron en el estadio. El mexicano estaba recibiendo el respeto del que se consideraba acreedor. En una entrevista realizada en el otoño de 1946, Pasquel proclamó que el Sr. Breadon era un caballero y que, por lo tanto, no se metería con los Cardenales, pero que seguiría detrás de los jugadores de todos los demás equipos.³

El beisbol organizado reaccionó al desafío mexicano con un ataque de xenofobia proteccionista: prohibió que todos los jugadores que firmaran con Pasquel jugaran en el país durante cinco años y amenazó a quienquiera que negociara con él. Pasquel persistió mostrando fajos de dólares a los jugadores, quienes los tomaban y se encaminaban a México. Aparte de los tres cardenales, los Dodgers perdieron a Mickey Owen, a la estrella puertorriqueña Luis Rodríguez Olmo y al jardinero canadiense Roland Gladu. A los Gigantes les dieron duro, pues se quedaron sin los cubanos Napoleón Reyes y Adrián Zabala, además de Sal Maglie, Roy Zimmerman, George Hausmann, Danny Gardella, Ace Adams y Harry Feldman. El Filadelfia perdió al cubano René Monteagudo y los Rojos al lanzador, también cubano, Tomás de la Cruz. El Cleveland, al receptor Jim Steiner; los Atléticos, al jardinero cubano Roberto Estalella; el Detroit, a Murray Franklin y los Medias Blancas, a Alejandro Carrasquel. Los Senadores perdieron al bateador cubano Roberto Ortiz y los Browns a Vern Stephens. Pero estos eran solo jugadores de los listados de grandes ligas. Muchos otros, como Hayworth y Mayor, que estaban en las menores, fueron también a México, por no mencionar a muchos jugadores de las Ligas Negras.

Para los negros estadounidenses el atractivo de la Liga Mexicana era evidente. En México eran celebridades a escala nacional, los trataban como a iguales y tenían acceso a todo. Puede que adaptarse a la lengua, la comida y la cultura en general les resultara difícil, pero la sensación de libertad y reconocimiento

debe haber sido estimulante. Para los jugadores cubanos, blancos y negros, el atractivo era aún mayor. Allí no tenían que sufrir discriminación alguna y no tenían el obstáculo de la lengua. En el caso de los cubanos negros, era mejor que estar en casa, porque, salvo tal vez en los niveles más altos de la sociedad, los negros disfrutaban en México de una igualdad desconocida en Cuba: no podían rechazarlos en algunos hoteles, clubes, restaurantes o bares, como solían hacerlo en Cuba. Varios prominentes peloteros negros cubanos no solo jugaron, sino que se asentaron allí y se casaron con mexicanas: Santos Amaro, Pedro Orta, Avelino Cañizares y Héctor Rodríguez, entre otros.⁴

Los cubanos blancos también disfrutaron México; muchos escucharon el llamado de Pasquel y rompieron sus contratos con el beisbol organizado. El atractivo de México para los jugadores no estadounidenses es un factor que no suele tomarse en cuenta al evaluar la reacción del beisbol organizado a las «incursiones» de Pasquel. La Liga Mexicana atrajo a muchos latinoamericanos que tenían contratos en los Estados Unidos. La mayoría de ellos, como Agapito Mayor, Sandalio Consuegra y Andrés Fleitas, eran cubanos; pero había también puertorriqueños y venezolanos. Por no mencionar, por supuesto, que era más que probable que cualquier talento mexicano en desarrollo permaneciera en casa. Al principio de la temporada de la Liga Cubana 1946-1947, los mejores peloteros latinoamericanos se encontraban en equipos mexicanos y fueron a La Habana ese invierno. No pocos estaban haciendo más dinero de ese modo que muchos de las mayores, y bastante más del que podían haber esperado en las menores. El beisbol organizado no solo estaba en peligro de perder a sus propias estrellas, sino también a la creciente cantera de latinos, especialmente rica, ahora que se permitía que negros latinoamericanos —como Orestes Miñoso— firmaran con los equipos de Grandes Ligas.

El otro estadio

Pasquel también provocó problemas políticos en la pelota cubana, que se exacerbó con el paso de La Tropical al Gran Stadium del Cerro. Julio Blanco Herrera quedó sin beisbol profesional en su conocido parque y eso no le agradaba. Se cuenta que los propietarios y arrendadores de equipos de la Liga Cubana le pidieron al viejo, dada la excelente asistencia a los juegos durante los años de guerra, que mejorara La Tropical o ellos construirían un estadio nuevo. Se dice que Don Julio respondió que nadie iba «a construirle un estadio» o algo parecido y, además, que no cambiaría su parque. Ante esto, Suárez y Maduro, ayudados por el mágico

promotor Emilio de Armas, formaron una corporación y construyeron un estadio nuevo en un año. De todos modos, como gesto de reconciliación, ofrecieron a la cervecería La Tropical derechos exclusivos para vender su producto en el Gran Stadium. Quijotesicamente, Don Julio se negó a ello, por lo que la pizarra del nuevo parque tenía enormes anuncios de la cerveza Hatuey, su rival, y fue construida por la Compañía Bacardí. Dado este estado de cosas y los temores de peloteros que no querían asociarse con los que habían jugado en la liga de Pasquel, Don Julio convino en ayudar a organizar y financiar otra, la Liga de la Federación, que jugaría en La Tropical.

Durante el gobierno de Batista, se había fundado la Dirección (o Federación) Nacional General de Deportes y Educación Física y se escogió para dirigirla a su asociado, el Coronel Jaime Mariné. Cuando terminó el período presidencial de Batista, en 1944, y Grau San Martín asumió la presidencia, nombró a Luis Orlando Rodríguez para el cargo de Mariné. Luis Orlando era lo opuesto del coronel; de hecho, había sido un opositor de Batista, buscado por la policía.

Aunque Grau, un antiguo revolucionario envejecido, lo nombró para el cargo, apenas asignó presupuesto a la Federación. Pero Luis Orlando era un político nato y un hombre de relaciones públicas. Julio Blanco Herrera puso a su disposición fondos de concesiones y empresas ganados en la última temporada de beisbol de La Tropical, que resultó muy lucrativa, y este los usó para iniciar el nuevo proyecto. La Liga de la Federación Nacional de Educación Física y Deportes, o simplemente la Liga de la Federación, operaría como una cooperativa y las ganancias se compartirían equitativamente entre los jugadores. Este plan pronto fracasó cuando, para competir con la Liga Cubana, se ofreció a los jugadores estadounidenses Ray «Talúa» Dandridge y Booker McDaniels, lo que los reporteros del momento llamaron «salarios fabulosos». Ambos abandonaron el Marianao en el Gran Stadium para jugar en La Tropical, lo que provocó un escándalo, y la rivalidad entre ambas ligas se hizo desagradable.

La lucha política se intensificó cuando se presentaron al Congreso de Cuba dos leyes opuestas sobre el tema. Una, evidentemente redactada por quienes favorecían a la Federación, asignaría a esa organización un presupuesto de \$700 000 y facultades para reglamentar el beisbol profesional. La ley opuesta crearía el cargo de comisionado de beisbol, pero sin vínculos con la Federación. Al final, el único dinero que el gobierno asignó a Luis Orlando Rodríguez fue un pequeño estipendio tomado de los ingresos de la lotería nacional. A pesar del dinero que le había dado Don Julio, sus prerrogativas eran limitadas, como pronto se hizo evidente cuando intentó suspender al lanzador Pedro

«Natilla» Jiménez, por no cumplir su contrato con la Liga de la Federación. La Liga Cubana, en la que jugaba por el Habana, respondió que no reconocía la jurisdicción de la Federación, y Jiménez se mantuvo activo en su equipo sin que se le molestara.

Irónicamente, la Federación y la Liga que promovió, luchaban contra el monopolio de la Liga Cubana defendiendo uno mucho mayor: el del beisbol organizado de los Estados Unidos. Los equipos de La Tropical contrataban peloteros que no tuvieran conexiones con México, mientras la mayoría de los del Gran Stadium habían jugado o dirigido allí. Maduro, Suárez y Miguel Ángel González, todos los cuales tenían fuertes vínculos con el beisbol organizado, le facilitaban el juego a Pasquel al intentar mantener la independencia de la Liga Cubana. La confusión era suprema. Tal vez para mantener a sus jugadores en línea, la Liga Cubana anunció que estaba a punto de aumentar el número de estadounidenses que cada equipo podía tener, lo que provocó el pánico entre los cubanos, que temieron perder sus empleos. Esta acción sacó a la luz la necesidad de sindicalizarse. Tomás de la Cruz y Napoleón Reyes tomaron la iniciativa y crearon, oficial y jurídicamente, la Asociación Nacional de Peloteros Profesionales de Cuba. Al principio dijeron que se trataría, sobre todo, de una organización social; pero esto no engañó a los propietarios, quienes de inmediato aceptaron una serie de demandas sobre salarios y condiciones de trabajo. Otro gesto de apaciguamiento fue fijar la fecha para un juego, a fines de enero de 1947, en el Gran Stadium entre «Los mejores del Habana» y «Los mejores del Almendares» —ambos seleccionados por los fanáticos— cuyas ganancias irían a la Asociación. Resultó ser de un enorme éxito, sobre todo cuando Luque y Miguel Ángel jugaron en la última entrada; un acontecimiento «histórico», según lo llamó la prensa. Aunque a «Papá Montero» le conectaron un jit, de todos modos jugadores en activo, a los que Luque les doblaba la edad, no hicieron carreras en la entrada.

Para fines de ese enero, Luque y Miguel Ángel estaban enfrascados en una enconada lucha por el campeonato de la Liga Cubana, y el Habana comenzaba a caer de la posición cimera.

Federación vs. Liga Cubana

A pesar de todas sus dificultades, el campeonato de la Liga de la Federación tuvo bastante éxito y atacó a la Liga Cubana en su flanco más débil: que todos los equipos de esta jugaban exclusivamente en La Habana. Incluso el Cienfuegos, llamado como una ciudad del centro-sur de la Isla, jugaba siempre en el Gran Stadium.

La temporada de la Federación comenzó con tres equipos: los Havana Reds (con nombre en inglés para evitar problemas jurídicos); el Oriente (con uniformes azules, por lo que se jugaba con la rivalidad entre el Habana y el Almendares), que tenía base en Santiago de Cuba, en el extremo oriental de la Isla; y el Matanzas. En diciembre, la Liga añadió el Camagüey, para una «segunda vuelta», y anunció planes para que el equipo ganador fuera a un playoff con su contraparte de otro campeonato profesional que se jugaba en la provincia de Oriente. Esta liga estaba compuesta por cuatro equipos: Contramaestre, Santiago, Holguín y Camagüey. Los planes no fructificaron, pero el campeonato oriental continuó desarrollándose durante enero. Y aunque la inclusión del equipo de Camagüey en la Liga de la Federación atrajo a muchos fanáticos a los juegos que se desarrollaron en la capital provincial de ese nombre, el experimento duró poco y terminó con acritud, cuando los peloteros se negaron a salir al terreno para un doble encuentro, si no se les pagaba con antelación. Pero el que resultó ser un verdadero éxito fue el equipo de Matanzas, que jugaba en el «histórico» Palmar del Junco, el parque donde supuestamente se jugó pelota por primera vez en Cuba. Guiado por Silvio García, quien dirigía, lanzaba y jugaba el campo corto, el equipo actuó muy bien y atrajo a entusiastas multitudes.

La nueva Liga estaba compuesta principalmente por jugadores cubanos pertenecientes a equipos del beisbol organizado de los Estados Unidos y tenían —con razón— que jugar con norteamericanos —a quienes el Comisionado Chandler había excluido durante cinco años— pusiera en peligro sus carreras. Este era el caso del receptor Fermín Guerra, que pertenecía a los Senadores y en el invierno había sido cambiado a los Atléticos del Filadelfia; Gilberto Torres, jardinero y lanzador de los Senadores; y el primera base Regino Otero, que jugaba con Los Ángeles, en la Liga de la Costa del Pacífico. Otros que tenían contratos, pero en las ligas menores, eran Ángel Fleitas (hermano de Andrés, que pertenecía a los Senadores), José Antonio «Tony» Zardón, Luis «Witto» Alomá, y Manuel «El Chino» Hidalgo, todos también de los Senadores. Los dos mayores atractivos de este campeonato fueron Julio «Jiquí» Moreno —que llevaba el sobrenombre de una madera dura cubana y que, cuando jugaba para el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños, cerca de La Habana, estaba entre los mejores lanzadores aficionados de la historia de Cuba—, y Conrado Marrero, quien es considerado el mejor lanzador aficionado de todos los tiempos. Marrero se inició en el beisbol profesional con el Oriente y tuvo una gran temporada. En los años 40, con la posible excepción de Roberto Ortiz, no hubo pelotero más popular en Cuba que Marrero, cuya inteligencia, control y vasto

repertorio de lanzamientos hicieron de él el más exitoso lanzador de la historia del beisbol aficionado en Cuba, en aquella época. Era un poco regordete y de estatura inferior a la media, de brazos cortos y manos pequeñas; parecía alguien disfrazado de pelotero y no un jugador de verdad; más un bodeguero o un campesino español que un atleta. En 1946, ya contaba con veinticinco años de edad, pero tuvo una larga y distinguida carrera en la Liga Cubana con el Almendares, y en la Liga Americana con los Senadores.⁵ Él y otros «saltaron» a la Liga Cubana cuando la de la Federación terminó en enero de 1947.

Pero el campeonato que cautivaba la atención de todos era el de la Liga Cubana en el Cerro. Además del Habana y el Almendares, los otros dos equipos eran los Elefantes del Cienfuegos, que representaban a la ciudad más hermosa de la costa sur de Cuba, conocida como «La Perla del Sur», y los Tigres de Marianao, que representaban a un municipio situado junto a La Habana, donde se encuentra el estadio de La Tropical. El Cienfuegos —que comandado por Luque había ganado el campeonato de 1945-1946—, durante 1946-1947 estuvo dirigido por el mejor jugador cubano de todos los tiempos, Martín Dihigo, «El Maestro» o «El Inmortal», que aparece consagrado en tres salones de la fama: el de los Estados Unidos, el de México y el de Cuba. Lanzador aplastante, que había sido estrella de las Ligas Negras de los Estados Unidos, era también un destacado bateador y podía jugar cualquier posición. Hubo una temporada en que fue, al mismo tiempo, el mejor lanzador y el mejor bateador de la Liga Mexicana. Dihigo era un negro alto, con un físico parecido al de Dave Winfield hoy, pero con la agilidad y gracia de movimientos de un Roberto Clemente, e igual de orgulloso. Hombre de talento verdaderamente excepcional, y no solo en asuntos de pelota, sobresalía donde quiera que jugaba, y era —y es— una figura reverenciada en Cuba. La historia de Dihigo, junto con la de González y la de Luque, es parte de la edad de oro del beisbol cubano, era de héroes y titanes. En la temporada de 1946-1947 todavía se mantenía activo y lanzó algunos juegos.

El Marianao fue dirigido, durante casi toda la temporada, por otro patriarca, Armando Marsans, en un tiempo un excelente jardinero y uno de los primeros cubanos que jugó en las grandes ligas, con los Rojos del Cincinnati. En el verano de 1946, Marsans, líder callado y eficaz, había dirigido a los poderosos Alijadores de Tampico de la Liga Mexicana, y muchos de sus jugadores lo siguieron al Marianao. Los cuatro equipos cubanos estaban compuestos por la crema del beisbol cubano, así como por parte del mejor talento de las Ligas Negras de los Estados Unidos, la Liga

Mexicana y los jugadores más prominentes del beisbol organizado de los Estados Unidos que habían firmado con Pasquel.

El Habana tenía a Leonard «Lennox» Pearson, en la primera base, un bateador derecho grande, poderoso de los Águilas de Newark; Hank «Machine Gun» Thompson, de los Monarcas de Kansas y luego de los Gigantes de Nueva York, estaba en el campo corto. Lou Klein, que había pasado de los Cardenales de Saint Louis a México, cubría tercera. Era un sólido bateador derecho y favorito en Cuba. Heberto Blanco, un negro cubano de los New York Cubans (de las Ligas Negras) y de la Liga Mexicana, estaba en segunda. Algunos lo consideran el mejor jugador cubano de esa posición en todos los tiempos. Su hermano Carlos era jardinero de reserva. En los jardines, el Habana tenía al popular Pedro «Perico» Formental, en el central, un bateador zurdo cubano de los Medias Rojas de Memphis, de la Liga Negra, y también sobresaliente en la Liga Mexicana. Henry Kimbro, otro bateador zurdo, aunque lanzaba con la derecha, de los Gigantes de Élite de Baltimore, también jugaba el central o cualquier otra posición en los jardines. Alberto «Sagüita» Hernández, un cubano negro que bateaba por encima de 300 en la Liga Mexicana, cubría el jardín izquierdo y bateaba a la derecha. René Monteagudo, zurdo, uno de los muchos cubanos contratados por los Senadores de Washington en los años 30 y 40 (cuando se fue para México, sin embargo, era propiedad del Filadelfia), también jugaba en los jardines. Detrás del plato, el Habana tenía al seguro Salvador Hernández, que en 1943-1944 había servido de receptor en ochenta y cuatro juegos de los Cachorros de Chicago antes de pasar a México. Su reserva era Raúl Navarro, también cubano, que el año anterior había jugado para el San Luis de la Liga Mexicana. Ambos bateaban a la derecha. Podía decirse que el equipo de lanzadores del Habana era el mejor de la Liga cuando abrió la temporada. Lo dirigía un zurdo veterano, bajito y corpulento, que se destacó en los Cuban Stars en los primeros tiempos de La Liga Nacional Negra. Se llamaba Manuel García, pero se le conocía como «Cocaína», «Coca» o «La Droga» por su capacidad de marear a los bateadores con sus bolas lentas; también porque el suyo era uno de los nombres más corrientes del país y, lo que era todavía peor, el de uno de los más notorios bandidos de Cuba en el siglo XIX. En la temporada de 1946-1947 ganó siete juegos seguidos antes de perder el primero. Era también un bateador poderoso y podía jugar los jardines. El principal lanzador derecho del Habana era Fred Martin, un cardenal que había pasado a México con Lanier; lo seguía Lázaro Medina, un cubano que jugaba con los Clowns de Cincinnati-Indianapolis en las Ligas Negras y con Tampico en la Liga Mexicana. El Habana estaba

cargado de lanzadores. Tenía también a Natilla Jiménez, estrella cubana de las ligas aficionadas; James «Jim» Lamarque, un majestuoso zurdo de los Monarcas de Kansas; el excéntrico Terris McDuffie, derecho veterano de las Ligas Negras. De niño, me gustaba tanto el sonido de su nombre que se lo puse a mi perro.

El Almendares de Luque era fuerte en todas las posiciones y más. Los Azules tenían a John «Buck» O'Neill, de los Monarcas de Kansas, en primera; con Lázaro «El Príncipe de Belén» Salazar, de reserva. Este era una superestrella cubana, ya maduro, y también era un excelente lanzador. Ambos eran zurdos. En segunda estaba George «La Ardilla» Hausmann, de los Gigantes de Nueva York y del Torreón en la Liga Mexicana. En tercera, el Almendares tenía uno de los mejores tercera base de todos los tiempos, Héctor Rodríguez, que había jugado en México el verano anterior, pero que acabaría jugando para los Medias Blancas de Chicago. En el campo corto, Luque tenía a Avelino Cañizares, un cubano negro que jugaba para los Buckeyes de Cleveland en las Ligas Negras, y junto a Hausmann en el Torreón. El receptor era Andrés Fleitas, de los Gigantes de Jersey City y luego del Monterrey, en la Liga Mexicana. Había tenido una distinguida carrera en Cuba jugando para el Hershey y para el equipo nacional cubano. Era un fuerte bateador derecho que en 1946-1947 estuvo a punto de ganar el título de bateo. En el jardín izquierdo, el Almendares tenía a Santos «El Canguro» Amaro, un fuerte bateador con un cañón como brazo. Era una estrella con más de diez años en la liga y una gran carrera en México —adonde se asentó y tuvo un hijo, Rubén, que jugó con los Yankees y quien a su vez tuvo un hijo, Santos, que juega con el Filadelfia. Amaro era un hombre grande con habilidades de superestrella, pero en estos momentos era un veterano en declinación. El jardín central se encontraba en las capaces manos de Lloyd «Pops» Davenport, que jugó para varios equipos de las Ligas Negras y era famoso por su bateo y espectacular defensa, aunque apenas tenía cinco pies y cinco pulgadas de estatura. El jardín derecho estaba patrullado por uno de los favoritos del beisbol cubano, Roberto Ortiz, «El Gigante del Central Senado», un bateador derecho de seis pies y tres pulgadas de estatura con un brazo tan poderoso que los Senadores de Washington intentaron hacerlo lanzador. Ortiz jugó también en México, donde sus bien medidos disparos se convirtieron en leyenda y donde todavía se le recuerda con cariño. Además de Lanier, Mayor y Salazar, el Almendares tenía un grupo impresionante de lanzadores que incluía a dos muy importantes de la Liga Negra: Jonas Donald Gaines, de los Gigantes de Élite de Baltimore, y Gentry Jessup, un lanzador de bolas rápidas y de gran estatura, de los Gigantes Americanos de Chicago. Como si esto no bastara,

Luque también contaba con Tomás de la Cruz, que en 1944 había ganado nueve juegos para los Rojos del Cincinnati, tenía más de diez años de experiencia en la Liga y se estaba haciendo un lugar en México con los Rojos de Ciudad México; y a Jorge Comellas, otro veterano con más de diez años en la Liga, conocido como «El Curveador» por razones evidentes. Por último, como ya vimos, el Almendares tuvo en el último mes de la temporada a Conrado Marrero, «El Guajiro de Laberinto». Con Lanier, Mayor, de la Cruz, Salazar, Jessup, Comellas, Marrero y Gaines, Luque tenía un grupo en posición de ganar en cualquier liga.

Cienfuegos y Marianao también tenían equipos impresionantes. El año anterior, el Cienfuegos, dirigido por Luque, había ganado el campeonato que se había desarrollado en La Tropical. En 1946-1947, perdió a dos de sus principales jugadores hacia la liga rival, que jugaba en el viejo estadio: el torpedero Silvio García, de quien se dice que fue el mejor, y Regino «Reggie» Otero, el primera base más elegante y eficaz de Cuba. Otero desarrolló una sólida carrera en la Liga de la Costa del Pacífico y una actuación larga y destacada como manager y entrenador en Cuba y en las grandes ligas. Pero Cienfuegos todavía tenía al jardinero Alejandro Crespo, cuya carrera en las Ligas Negras se remontaba a los Cuban Stars. Era un hombre de gran poder y habilidad defensiva y algunos lo consideraban uno de los mejores peloteros cubanos de todos los tiempos. Otro jardinero era Pedro Pagés, conocido por «El Gamo» por su velocidad en el terreno. También en los jardines estaban Roy Zimmerman, de los Gigantes de Nueva York y la Liga Mexicana, y Danny Gardella, quien había saltado a México desde los Gigantes. En primera o tercera base, Dihigo tenía a Napoleón «Nap» Reyes, de los Gigantes de Nueva York, quien había tenido una notable carrera como aficionado jugando por la Universidad de La Habana y también había ido a México. Conrado Pérez compartía la tercera con Napoleón Heredia, quien había jugado con los Cuban Stars y con los New York Cubans, pero que recientemente había estado en Puebla, México. El mexicano Vinicio García cubría en segunda. Detrás del home se encontraba el resistente Rafael Noble, receptor de los New York Cubans y, por último, de los Gigantes de Nueva York. Pero, preocupado por la defensa de Noble, el Cienfuegos también había importado al receptor Myron «Red» Hayworth, que también se encontraba en México. En el montículo, aparte de sí mismo, Dihigo tenía a Luis «Lefty» Tiant, uno de los mejores lanzadores cubanos de todos los tiempos, que, al igual que su manager, ya era veterano, de unos cuarenta y tantos años (fue su hijo, del mismo nombre, quien llegó a estrella en las mayores). Pero estaban también Max Manning y Sal Maglie. El primero era un lanzador

de primera línea de los Águilas de Newark y el segundo, uno de los que habían saltado a la Liga Mexicana. Maglie había lanzado el año anterior para el Cienfuegos, con Luque, quien le enseñó su intimidante estilo de lanzamiento. El equipo se completaba con jugadores como Adrián Zabala, un rápido zurdo cubano que lanzó un poco para los Gigantes y tuvo una buena actuación en México, y Alejandro «Patón» Carrasquel, el venezolano que tuvo una carrera bastante distinguida con los Senadores de Washington. Patón fue el primer suramericano que jugó en las Grandes Ligas.

El Marianao de Marsans se parecía mucho a sus Alijadores de Tampico en la Liga Mexicana. Roberto «Beto» Avila —quien ganaría el campeonato de bateo de la Liga Americana en 1954, jugando por los Indios de Cleveland— cubría la segunda. El campo corto era de Murray Franklin, otro de los estadounidenses que había pasado a México; en la primera estaba el poderoso mexicano Ángel Castro; en la tercera, Orestes Miñoso, estrella de las Ligas Negras y luego de las mayores. En los jardines, Marsans tenía a Antonio «Tony» Castaño, con una larga carrera como jugador y manager en Cuba y había sido campeón de bateo de la Liga Cubana; Roberto Estalella («El Tarzán» o «Bobby»), que jugaba para Washington, los Browns de Saint Louis y los Atléticos de Filadelfia, y era bajito y robusto; famoso por su fuerza y constitución, de ahí su apodo; y Jesús «Chanquilón» Díaz, otro mexicano con poder y una larga carrera en su patria. Entre sus reservas, Marsans tenía a Lorenzo «Chiquitín» Cabrera, un corpulento negro cubano que jugaba primera para los New York Cubans, y a Francisco Campos, muy joven entonces, pero que luego llegaría a los Senadores de Washington. El receptor era Gilberto «El Chino» Valdivia. Entre los lanzadores estaban Jesús «Cochihuala» Valenzuela, una estrella mexicana; Sandalio «Potrerillo» Consuegra, favorito como jugador aficionado del Deportivo Matanzas y quien ocuparía el primer lugar en bateo de la Liga Americana cuando estaba con los Medias Blancas de Chicago; Oliverio «Baby» Ortiz, hermano de Roberto, que en 1944 había lanzado durante algún tiempo para los Senadores de Washington; Booker McDaniels, quien se había destacado en los Monarcas de Kansas y en México; y Aristónico Correoso, quien haría una modesta carrera en Cuba y México. Al comenzar la temporada, Marsans tuvo también a Max Lanier, quien lanzó en forma ineficiente y fue cambiado al Almendares en diciembre por el receptor veterano de las Ligas Negras, Lloyd Basset.

Los estrechos vínculos de la Liga Cubana con la Liga Mexicana en 1946-1947 eran evidentes: Dihigo, Marsans y Luque eran managers en México, al igual que Salazar, quien también jugaba, por supuesto. Con

Hausmann y Cañizares, el Almendares tenía intacta la combinación de dobleplei del Torreón, y el Marianao tenía gran parte del Tampico, con Carrasquel, Chanquilón Díaz, Cochihuala Valenzuela, Ángel Castro y Beto Avila. El receptor del Almendares, Fleitas, jugaba también esa posición en el Monterrey. Además, algunos de los más famosos jugadores de los que habían saltado a México estaban también en Cuba: Lanier, Gardella, Maglie, Hausmann, Martin y Klein. Como vimos, la asociación de la Liga Cubana con México había conducido a la fundación de la Liga de la Federación, pero en general la Liga Cubana conservó a los jugadores de mayor calidad de Cuba, México, las Ligas Negras y el beisbol organizado estadounidense. Tenía tradición y mucho más dinero detrás que la Liga de la Federación, por no mencionar un estadio más grande y acabado de estrenar.

Un campeonato memorable

Pero lo que hacían las demás ligas, en Cuba o en otra parte, estaba muy lejos de las mentes de los frenéticos fanáticos cubanos, según iba acercándose la hora del juego, ese martes 25 de febrero. Lo que estaba en el aire era el súbito ascenso del Almendares al campeonato en las últimas semanas, que lo puso a la altura del Habana, equipo que había dominado la temporada prácticamente desde su inicio.

En las primeras semanas de la temporada, Almendares y Habana siguieron ganando, mientras que Cienfuegos no podía salir del bajón. Pero esas primeras semanas de la Liga Cubana podían ser engañosas, porque muchas veces un buen número de los jugadores importados no había llegado y, cuando lo hacía, necesitaba un tiempo para ponerse en forma y adaptarse a sus compañeros de equipo.

Lo que pareció claro desde el principio fue que el zurdo veterano Cocaína García se encontraba en plena forma, aunque cumplía (al menos) cuarenta y uno en la temporada. El gordito García, un negro de cara muy redonda y disposición alegre, medía 5,8 de estatura. La carrera de Cocaína en la Liga Cubana había comenzado con el Almendares en la temporada de 1926-1927. Jugaba con los Cuban Stars en las Ligas Negras y también en Venezuela y México. En 1945, ganó dieciocho juegos para el Tampico y en 1946, catorce para el mismo equipo. Cocaína, que era un peligroso bateador también (era zurdo) había jugado para los fabulosos equipos de Santa Clara en los años 30 de la Liga Cubana, junto con estrellas como Joshua Gibson. En 1942-1943, cuando ganó diez juegos y perdió solo tres para el Habana, era el mejor lanzador de la Liga Cubana. En noviembre y diciembre de 1946, siguió

Los cuatro equipos cubanos estaban compuestos por la crema del beisbol cubano, así como por parte del mejor talento de las Ligas Negras de los Estados Unidos, la Liga Mexicana y los jugadores más prominentes del beisbol organizado de los Estados Unidos.

ganando, ayudado por los batazos de Thompson, Pearson, Klein —que enseguida se puso en forma— y el sorprendente Sagüita Hernández. Con el apoyo de Cocaína, Fred Martin y Lázaro Medina, en diciembre el Habana avanzaba.

Después de sus primeros éxitos, el Almendares de Luque entró en un slump, en diciembre. Comellas, de la Cruz y Jessup lanzaban bien, pero Tanner, Mayor y Salazar flojeaban. El receptor Andrés Fleitas quemaba la pelota, al igual que Hausmann y Amaro, pero Cañizares no producía y Roberto Ortiz, aunque bateaba con fuerza, promediaba unos 260 y jugaba erráticamente en el terreno. El «Gigante del Central Senado» estaba con los nervios de punta y en un juego de fines de noviembre se lió en una pelea a puñetazos con Hayworth y Gibson, de la batería del Cienfuegos, porque, después de haber bateado un cuadrangular, lo habían golpeado dos veces cuando estaba al bate. ¿Había ordenado «El Inmortal» Dihigo que así se hiciera? Es probable.

El Habana, por otra parte, ganaba sin mucha ayuda de Formental, que se consideraba en baja. Bateador zurdo de promedio y poder, «Perico 300», como le decían, era un hombre carismático y campechano de Báguanos, Oriente. Formental, un mulato oscuro de bigote como una línea de lápiz, vestía llamativamente y era aficionado a las peleas de gallos, lo que le ganaba la simpatía de los machistas cubanos. De hecho, parecía la quintesencia del criollo: era valiente, mujeriego y se decía que llevaba siempre encima una pistola. Jugaba con elegancia y sus espectaculares fildeos en el jardín central eran frecuentes, aunque también era proclive a dejar caer bolas fáciles. Aunque comenzó en el Cienfuegos, pasó a ser un jugador regular del Habana. Era un hombre corpulento de cinco pies diez pulgadas, casi doscientas libras, y podía darle muy lejos a la pelota. Pero en el otoño de 1946, estaba en baja.

Por suerte para Miguel Ángel, el Habana tenía a Sagüita Hernández, Kimbro, Jimmy Bell y Monteagudo; y, sobre todo, a Cocaína, Martin, Medina y Lamarque. Martin y Medina, junto con McDuffie —cuando no estaba lastimado—, eran cruciales, por ser derechos, para contener el poder de la batería derecha del Almendares (Amaro, Fleitas, Ortiz, Héctor

Rodríguez). De hecho, es evidente que el Almendares contrató al veterano Buck O'Neill para apuntalar su escuadra de bateadores zurdos una vez que estuvo claro que Lázaro Salazar estaba terminado como bateador y principalmente sería pitcher.

El 6 de noviembre, los diarios informaron de la muerte, el día anterior, de Alejandro Oms, «El Caballero», quien había sido un querido jardinero. Enfermo y menesteroso, acababa de regresar del extranjero, tal vez de Venezuela, donde es probable que todavía intentara jugar. Debía de haber tenido solo unos cincuenta años al morir. Luque lo había mantenido, por lástima, en el Cienfuegos el año anterior y había sido ponchado por Fred Martin en su última vez al bate en la Liga Cubana. Un negro delgado de la provincia de Las Villas, era conocido por sus exquisitas maneras y por no levantar nunca la voz —virtud verdaderamente rara entre los cubanos—, de ahí su apodo. Oms fue una de las estrellas de la edad de oro del beisbol cubano de los 20. En 1928-1929 y 1929-1930, encabezó la Liga Cubana con promedios de 432 y 380, respectivamente. Era miembro de los Cuban Stars, con los que viajó por los Estados Unidos. Lanzaba y bateaba a la zurda y parece haber sido un bateador de líneas, a la manera de Rod Carew, aunque tenía mucho mayor poder. Era también un excelente jardinero que recorría los vastos terrenos del Almendares Park y La Tropical. Su única debilidad era un brazo mediocre. La desaparición de El Caballero, en la temporada de 1946-1947, fue otro indicio de que ese campeonato marcaba el final de una era y el comienzo de otra. Su muerte en la pobreza y el olvido probablemente fuera uno de los factores que incitaron a los jugadores a sindicalizarse.

La muerte de Oms no fue la única relacionada con el beisbol cubano en la temporada de 1946-1947. El 20 de enero de 1947, Josh Gibson murió en Pittsburgh. Tenía solo unos cuarenta años. El gran receptor y jonronero negro era un favorito en Cuba, donde había dado el mayor batazo que se había visto jamás en la Isla. Oms y Gibson murieron en la pobreza, precisamente en los años en que se borraba la línea de color en el beisbol organizado. ¿Cómo habrían sido sus carreras de haber nacido quince años después? ¿Qué

salarios recibirían hoy Oms y Gibson? En una temporada llena de sucesos significativos, estas dos muertes fueron agudos recordatorios de la brevedad y fragilidad de la grandeza del beisbol y del daño irreparable que hizo el racismo a talentosos jugadores negros cubanos y estadounidenses.

El Habana subió al primer lugar cuando noviembre pasaba a diciembre. Los Leones jugaban con buena suerte, como no cesaban de proclamar los fanáticos de los otros tres equipos, sobre todo los almendaristas. Por ejemplo, Sagüita Hernández, quien siempre bateaba para 300 en el Puebla, de la Liga Mexicana, asestó una serie de dramáticos cuadrangulares que dieron victorias al Habana. En Cuba, salvo en la temporada de 1939-1940, cuando bateó para 347, Sagüita había sido un jugador modesto. En 1946-1947, los fanáticos hostiles al Habana lo apodaron «La Vaca Lechera», porque en Cuba la leche se asocia a la buena suerte. Para mediados de diciembre, cuando se acercaban los días festivos, el Habana tenía tres y medio juegos de ventaja. Cocaína tenía 4 y 0, Martín 3 y 2, Natilla Jiménez 4 y 1 y Medina 4 y 2. Thompson bateaba para 337, Klein para 325 y Sagüita para 319. Mientras tanto, Lanier estaba con solo 1 ganado y 2 perdidos en el Marianao.

El 19 de diciembre apareció en los diarios la noticia de que Lanier había sido cambiado al Almendares por Lloyd Basset, un receptor. El regular del Marianao, Chino Valdivia, se había lesionado, y el equipo tuvo incluso que recurrir al lanzador Aristónico Correoso como receptor durante unas entradas. Pero el cambio parece demasiado desigual, sobre todo con vistas a lo que ocurrió después, y lo hace a uno pensar. ¿Acaso no pudo el Marianao importar a otro receptor? Es probable que hubiera podido ponerse en forma con rapidez suficiente para servir de ayuda.

Sin embargo, es difícil no creer que la Liga necesitaba que el Almendares fuera más competitivo, ahora que el Habana parecía listo para alzarse con el campeonato, y que Lanier necesitaba un elenco mejor para exhibir su talento. Por otra parte, dos de las derrotas de Lanier habían sido contra el Habana. La renuncia de Armando Marsans a la dirección del Marianao hace más firmes las sospechas. ¿Acaso protestaba por el cambio? Lo substituyó un respetado manager de la liga aficionada, Tomás «Pipo» de la Noval. De todos modos, Lanier perdió su primer juego con el Almendares, aunque solo le permitió una carrera y cinco jits al Cienfuegos. En Nochebuena, que se celebra tradicionalmente en Cuba el 24 de diciembre, el Habana tenía una ventaja de cuatro juegos y Cocaína estaba invicto con 6 y 0. Esa noche, el puerco asado y el arroz con frijoles negros debieron de haberles sabido bien a todos los habanistas.

Para fines de diciembre, en la serie individual entre Habana y Almendares, los Rojos habían ganado seis y

los Azules cuatro. Martín tenía 4 y 1 contra el Almendares; Mayor, 2 y 2 contra el Habana y Jessup, 2 y 1. Curiosamente, Cocaína no tenía decisiones contra los Alacranes, ya que Miguel Ángel no lo ponía a lanzar porque el ataque del Almendares era predominantemente derecho. La eficacia de los Azules contra los zurdos era algo probado; tal vez, por la marca de 0 y 2 de Lamarque contra ellos. Como pronto se verá, todo esto aclara un poco el final de la temporada, sobre todo si añadimos que la batería zurda del Habana (Thompson, Kimbro, Formental) era vulnerable a los lanzadores de su mano.

Para enero, los equipos de la Liga Cubana estaban asentados y el asunto de ganar el campeonato se hacía más estratégico e intenso. Para entonces, las fortalezas y debilidades estaban evaluadas, los jugadores extranjeros habían dado resultado o no, y se habían mantenido o enviado de regreso. Los veteranos peloteros cubanos también habían demostrado si todavía eran capaces de producir lo que antes. Se hacía evidente, por ejemplo, que Dihigo y Tiant, gloriosos guerreros de antaño, estaban en su última temporada como jugadores en activo. Entre la cosecha de novatos, Miñoso seguía exhibiendo su clase. (El inmisericorde público cubano rara vez permitía que los novatos se desarrollaran en la temporada de invierno, a no ser que fueran verdaderamente excepcionales). Ese año, como la Liga de la Federación terminó a principios de enero, los equipos de la Liga Cubana tomaron algunos jugadores en la segunda mitad. El Almendares, como ya vimos, contrató a Marrero, aunque no se convirtió en factor decisivo, y el Habana a José «Cocoliso» Torres. Aparte de estos cambios, y de las inevitables lesiones y dolores en los brazos, en enero los equipos estaban ajustados.

En diciembre, el Almendares había jugado para un mísero 312, mientras que el Habana se encontraba en 705. Pero aún había tiempo, seguían diciendo los almendaristas; casi dos meses y, debido al reducido número de equipos, los contendientes tendrían que enfrentarse con frecuencia. Los almendaristas en modo alguno habían abandonado la esperanza, aunque Cocaína comenzó el año volviendo a ganar para alcanzar la marca sin precedentes de 7 y 0. Lo que estaba lanzando era, sin dudas, una droga poderosa.

En enero, el Habana siguió ganando, pero Almendares comenzó a cobrar impulso con ayuda de Lanier, un revitalizado Salazar, y Mayor. El 5 de enero, por ejemplo, Lanier venció al Habana 6 a 1, con Natilla Jiménez como su oponente. Seis días después, derrotó al Cienfuegos por el mismo margen. Pero el 15 de enero Cocaína elevó su marca a 9 y 1 —al fin había perdido uno— al vencer también al Cienfuegos, con solo cuatro jits permitidos. Para entonces, Almendares

estaba acercándose al primer lugar y Sergio Varona, un almendarista furibundo que escribía para *El Mundo*, observaba que quedaban nueve juegos entre Habana y Almendares, de modo que todavía había tiempo. Es probable que Varona esperara cambiar la dirección del viento con sus propias palabras. El 17, Lanier venció de nuevo al Habana, esta vez 9 a 1, con seis jits. Era su tercera victoria consecutiva.

La suerte del Habana pareció estar en baja cuando a Cocaína le dio neumonía —primeramente se dijo que había muerto— y no podría jugar en largo tiempo. Pero como para equilibrar las cosas, la tercera base del Almendares, Héctor Rodríguez, sufrió una herida profunda, y el primer informe fue que no jugaría al menos en un mes. Sin embargo, la gravedad de la condición de ambos jugadores se había exagerado mucho. Cocaína se recuperó enseguida y perdió un solo turno y Rodríguez estuvo de vuelta en dos semanas, lo que fue objeto de una protesta oficial del Habana, que aducía que cuando un jugador se incluía en la lista de incapacitados no podía reintegrarse hasta un mes después. La Liga no hizo caso de la protesta, que pareció un gesto de desesperación de Miguel Ángel, y Rodríguez siguió jugando. Cocaína regresó, pero solo ganó 1, después perdió 2, y terminó con 10 y 3. Puede ser que la neumonía lo debilitara un poco, pero es más probable que se debiera a haber estado lanzando el año entero sin descanso.

Para fines de enero, el Almendares estaba a 2 y medio juegos del Habana, que parecía sufrir falta de lanzadores. Hubo una prueba seria en un juego de viernes por la noche, el 24 de enero, que enfrentó de nuevo a «los eternos rivales». Luque escogió a Lanier a causa de sus tres victorias ese mes, dos de ellas contra los Rojos. Miguel Ángel tenía un grupo débil —Medina presentaba problemas en el brazo— y le irritaba la imposibilidad de poner zurdos contra el Almendares. Tenía a Martin, pero no podía usarlo todos los días y no le gustaba oponerlo a Lanier y disminuir sus posibilidades de ganar. Siguió la vieja máxima del beisbol de no tirar al mejor lanzador contra su igual del otro equipo, para aumentar la posibilidad de que el mejor del propio ganara. Agapito Mayor atribuye el resultado de la temporada a la tozudez de Miguel Ángel en ese sentido, y al hecho de que él había vencido siempre a Martin, frustrando la estrategia. De modo que, en este caso, Miguel Ángel se volvió a Terris McDuffie, un poco payaso y temperamental, por no mencionar que entrado en años. Pero McDuffie había estado mejorando últimamente y venció a Lanier 4 a 2 en un juego que constituyó una guerra entre los dos lanzadores que por poco provoca un disturbio. Almendares se encontró, de pronto, 3 y medio juegos detrás otra vez. El Habana, con Martin lanzando magistralmente y McDuffie ganando otra vez,

comenzó a parecer el seguro vencedor. La victoria de McDuffie el 24 de enero, casi un mes antes del juego decisivo de la temporada, dominó casi todo febrero. Según el ansioso conteo de Varona, quedaban ahora siete juegos entre los Leones y los Alacranes, sin contar varios juegos cruciales con Cienfuegos y Marianao, cuyo verdadero esfuerzo por ganar era calibrado de cerca por todos.

La vulnerabilidad del Habana ante los zurdos —no solo Lanier y Mayor— se hizo evidente el último día de enero, cuando el fuerte zurdo del Cienfuegos, Adrián Zabala, los derrotó por quinta vez en la temporada. Pero el Habana estaba muy lejos de haber muerto y el 2 de febrero venció a Lázaro Salazar, del Almendares, con lo que le complicó los asuntos a Luque. Este fue un juego que pudo haber lanzado Lanier, pero este había ido a St. Petersburg, en la Florida, para estar junto a su familia. Varona y otros almendaristas aullaron, y lo criticaron por sus frecuentes viajes a casa durante la temporada, pero el Almendares explicó que la esposa estaba gravemente enferma. Lanier me dijo que iba a la Florida a comprar comida para hacer desayunos verdaderamente norteamericanos. En Cuba algunos comenzaron a llamarlo «El Piloto» por sus frecuentes vuelos. Estoy seguro de que, a pesar de las explicaciones del equipo, al fiero Luque no le agradaban las ausencias de Lanier, y la derrota de Salazar frente al Habana debió haberle dejado un regusto amargo en la boca. Entonces, el 4 de febrero, el Marianao venció a Comellas y Almendares volvió a caer seis juegos detrás del Habana, cuando quedaban solo veinte días de temporada.

La marcha del Almendares hacia el título comenzó al día siguiente, cuando ganó un doble juego con los veteranos cubanos Agapito Mayor y Tomás de la Cruz en la lomita. Mayor estaba en su mejor momento y permitió solo una carrera a pesar de los ocho jits del Cienfuegos. En el segundo juego, de la Cruz derrotó, con ayuda de Gaines, a los Elefantes de Dihigo 7 a 2, con cuadrangular de Roberto Ortiz, quien impondría una marca en la temporada con once. Cienfuegos cayó también ante el Habana el 7 de febrero. Pero febrero era el mes del Almendares.

Desde el 5 hasta el 22 de febrero, Almendares ganó diez y perdió solo uno, ante Sandalio Consuegra, del Marianao, el día 16. Desde el 2 de febrero, Mayor había ganado cuatro juegos cruciales seguidos, y permitido solo dos jits en treinta y seis entradas. Luego del juego del 18, había lanzado veinte entradas seguidas sin permitir un batazo. Según me dijo: «Este bobo que ves aquí sentado ganó siete de los doce últimos juegos». El 21, Salazar abrió, pero le hicieron cuatro carreras. Comellas puso fin a la ofensiva, pero Mayor entró, lanzó las tres últimas entradas y se alzó con la victoria,

cuando Almendares vino de abajo para terminar 6 a 4. Era el noveno juego que ganaba Agapito.

El sábado 22, al Almendares le quedaban tres partidos con el Habana, que ahora tenía solo uno y medio juego de ventaja. Los dos primeros se realizarían el domingo 23 y el lunes 24 (que en Cuba es día feriado por conmemorarse el inicio de la Guerra de Independencia, en 1895). Para llegar al juego decisivo, el martes 25, Almendares tenía que ganar el domingo y el lunes, lo que significaba, por supuesto, que para ser campeones tenían que ganar tres veces seguidas. Si el Habana ganaba el domingo y se ponía a 2 y medio juegos de distancia, Almendares tendría que ganar el lunes y el martes y depender de que Cienfuegos venciera al Habana en el último juego de la temporada, el miércoles, lo que daría lugar a un enfrentamiento de desempate. Lo mismo ocurriría si Habana perdía el domingo, pero ganaba el lunes. Incluso si vencía el martes, Almendares tendría que esperar al juego del Cienfuegos y entonces también ganar el de desempate. Pero si Almendares triunfaba el domingo y el lunes, llegaría al martes con medio juego de ventaja y a punto de ganar el campeonato.

Luque logró reservar a sus zurdos, Mayor, Lanier y Salazar, para la serie crucial. Salazar y Mayor habían lanzado solo cuatro y tres entradas, respectivamente, el 21. Lanier estaba descansado, pues había vencido al Habana el 15. Papá Montero tenía también a sus derechos: Jessup, Gaines y Comellas. Sin embargo, por ahora, Luque y tal vez todo el mundo sabían que lo que dañaba al Habana eran los zurdos, porque neutralizaban a Kimbro, Formental y Thompson. Klein y Pearson eran las únicas amenazas derechas del Habana, aunque el segunda base Heberto Blanco, Cocoliso Torres y Jimmy Bell brindaban alguna protección desde la derecha, por no mencionar a Sagüita y a Salvador Hernández.

Los lanzadores de Miguel Ángel eran un problema, porque Almendares era esencialmente un equipo de derechos, como hemos visto. El principal lanzador del Habana durante la temporada había sido, sin discusión, Cocaína García, ya en 10 y 3, y Miguel Ángel no deseaba poner a un zurdo contra el Almendares. El Habana, sin embargo, tenía cuatro derechos: Natilla Jiménez, Fred Martin, Lázaro Medina y Terris McDuffie. Parece que Medina se había recuperado de algunos problemas en el brazo y también que, a pesar de sus recientes victorias, Miguel Ángel no tenía confianza en McDuffie. Martin, con 9 y 7, era su caballo de batalla y su carta de triunfo y Natilla había lanzado bien y exhibía 6 y 2. Almendares mostraba ímpetu, pero tenía en su contra la ley de los promedios. ¿Cuánto tiempo podían estar jugando a ese ritmo? El Habana estaba en declive, pero contaba

con Klein y Thompson, dos de los primeros bateadores, y con lanzadores de primera como Cocaína y Martin.

El domingo, Miguel Ángel abrió con Natilla Jiménez, pensando probablemente guardar a Martin para un juego más decisivo, si perdía. La ventaja de uno y medio juegos, le permitía ese lujo. Además, por las causas ya mencionadas, no deseaba usar a Martin contra Lanier, a quien consideraba el mejor del Almendares. (Por supuesto, hay quien dice: usa hoy a tu mejor lanzador, porque mañana el juego puede suspenderse por lluvia). Lanier estuvo magistral y venció al Habana 4 a 2. No había dudas de quiénes lanzarían al día siguiente por ambos equipos. Serían Martin por el Habana y Mayor por el Almendares.

El 24 fue un día lluvioso, pero esa tarde hubiera hecho falta un huracán para posponer el crucial juego entre Habana y Almendares, que sería muy fiero y en el que Luque y Miguel Ángel tendrían difíciles decisiones tácticas que tomar. Para Luque, la primera de importancia tenía que ver con el receptor. Ese día húmedo, lluvioso, Fleitas llegó con catarro, tal vez con fiebre. Me dijo que el entrenador le había dado un trago de coñac, y que Luque lo sacó de la alineación sin decir palabra.

Mayor estaba en buen momento y solo permitió al Habana una carrera, con cuatro jits, mientras que a Martin le anotaron dos carreras, con siete hits. Una carrera se debió a la astucia de Luque y la otra fue resultado de una mala decisión de Miguel Ángel. La primera anotación del Almendares se produjo en la cuarta entrada, luego de varias oportunidades fallidas. Davenport recibió base por bolas y Luque intentó llevarlo a segunda con toque de bola de Ortiz. El beisbol cubano se jugaba (y se juega) apegado a las reglas, recordando la era del dead ball y de los parques de dimensiones imponentes. Se esperaba que incluso un jonronero tocara la bola. Pero Ortiz falló y, cuando se le permitió batear de verdad, lo hizo a las profundidades del jardín central donde Formental recibió sin problemas la pelota. Llegó Amaro a batear y Davenport se robó la segunda, cuando Martin lanzó un cambio de velocidad, que le dificultó a Salvador Hernández el tiro para sacar al corredor. Varona y los demás comentaristas deportivos pensaron que Luque se había robado las señas o que su experiencia le había dicho que esto era lo que sucedería. En cualquier caso, Amaro bateó un jit al izquierdo y Davenport le dio la primera carrera al Almendares. Algunos comentaristas se han preguntado por qué Davenport, un hombre insignificante, resultaba rentable. Esta es la respuesta. Luque quería un segundo primer bate en la alineación para lograr precisamente este tipo de jugada. Con un bateador de fuerza antes de Amaro, quien ya para ese tiempo era lento, esta jugada no habría sido posible.

Almendares hizo la carrera decisiva en la séptima entrada en un juego que perseguiría a Miguel Ángel y tendría a los fanáticos discutiendo hasta hoy. En su obsesión por poner a bateadores derechos contra los atormentadores zurdos azules, envió a Carlos Blanco a batear por Bell en la séptima entrada. Aunque falló, el manager del Habana decidió dejar a Carlos en la posición de Bell, el jardín derecho, aunque este era jugador de cuadro. Al fin y al cabo, como los bateadores del Almendares eran casi todos derechos, era improbable que Carlos tuviera que fildear. Al final de la entrada, los Rojos pagarían por esto. Hausmann abrió con un jit detrás de segunda y luego vendría el receptor, Andrés Fleitas, que había tenido una temporada sensacional al bate (terminó con 315). Bateó de línea hacia Carlos Blanco en el jardín derecho. Este, que para comenzar estaba jugando demasiado adentro, corrió hacia adelante y, cuando intentó retroceder, era demasiado tarde. La bola rodó hasta la cerca para un triple y Hausmann entró. Mayor todavía no había permitido carreras, así que el Habana estaba, de repente, dos carreras por debajo y con solo dos entradas por jugar.

El estilo de dirección más agresivo de Luque vencía la estrategia muy conservadora y trabajosa de Miguel Ángel. Esto se hizo evidente en la última entrada. En el octavo, el Habana se acercó a una carrera cuando Heberto Blanco bateó un triple a los jardines, entre el central y el izquierdo, y Pablo García, un derecho que bateaba por Formental, lanzó un largo fly a Davenport con lo que hubo anotación. Entonces, en la última entrada, Pearson abrió con su segundo jit y Thompson fue al plato. Es cierto que Thompson había aflojado un poco, pero todavía se encontraba en 320, con cuatro jonrones, pero Miguel Ángel quiso que intentara un toque de bola. Mayor saltó sobre la bola y tiró con calma a segunda para forzar a Pearson, que no corría mucho. El intento de sacrificio parece inconcebible, a no ser que Miguel Ángel considerara que Thompson estaba indefenso ante Mayor, y en ese caso debió haberlo sacado. Al final del juego, Kimbro, que sustituía a Formental, bateó un difícil roletazo hacia O'Neill, que solo pudo sacar out en primera, mientras Thompson llegaba a segunda con la posible carrera de empate. Mayor le lanzó con cuidado a Salvador Hernández y le dio la base por bolas para nivelar las fuerzas (Salvador no era buen corredor); pero también había puesto en el terreno la carrera de ventaja. De todos modos, el Almendares podía darse ese lujo porque sería el último en batear. No importó: Mayor indujo al bateador emergente Cocoliso Torres a batear un foul que Fleitas atrapó cerca del box para el último out. Era la décima victoria de Agapito Mayor y colocaba al Almendares en primer lugar por medio juego. Los fanáticos

tomaron el terreno por asalto y los almendaristas de toda Cuba celebraron enloquecidamente el triunfo. Al día siguiente habría un juego importante si no volvía a llover. El pronóstico era alentador.

¿Pero quién lanzaría al otro día? Había rumores de que Lanier volvería a lanzar por Almendares con cuarenta y ocho horas de descanso y que Miguel Ángel volvería a su as Cocaína García, que estaba descansado y listo.

Lo más dramático del martes 25 fue la elección de los lanzadores. Luque tenía frescos a todos sus derechos (Comellas, de la Cruz, Gaines, Jessup y Marrero), al igual que Miguel Ángel (McDuffie, Medina e incluso Natilla), por no mencionar a su mejor zurdo, Cocaína. Agapito Mayor, fiel a su carácter batallador, se ofreció a lanzar sin haber descansado. Pero el manager tuvo otra idea. Al principio se rumoró que lanzaría Tomás de la Cruz, pero Luque no lo escogió y el lanzador nunca se lo perdonaría. Entonces —me contó Fausto Miranda, quien estuvo presente—, el doctor Julio Sanguily le dijo a Luque que le preocupaba haber oído que Lanier abriría con un solo día de descanso. Según Miranda, «el Orgullo de La Habana» se encolerizó: «Doctor, usted tal vez sea un médico del carajo, pero en pelota es un comemierda». La convicción de Luque persuadió a los dueños del Almendares, quienes le ofrecieron a Lanier una prima de 1 000 dólares por lanzar. Lanier aceptó, con la condición de que, de ser necesario, Agapito Mayor fuera su primer relevo. El anuncio, esa mañana, de que Lanier, a quien ahora llamaban admirativamente «El Monstruo» por su resistencia poco común, ocuparía el montículo por el Almendares provocó ondas de nerviosos comentarios entre la multitud que comenzaba a reunirse y movió a los apostadores, que gritaban sus ofertas por las gradas. Miguel Ángel se aferró a su teoría y escogió al derecho Medina en lugar de a Cocaína. Parece que en aquella época se le tenía en alta estima a Medina, porque entre los participantes que he entrevistado, ninguno expresó haberse sorprendido por la elección, aunque en retrospectiva esta me parece desconcertante. Es cierto que tenía 5 ganados y 2 perdidos en la temporada, y que había obtenido 15 triunfos para el Tampico en la Liga Mexicana, ¿pero qué hay de Lamarque y de Cocaína, aunque fueran zurdos? Lo cierto es que Almendares no había bateado mucho en los dos juegos anteriores y tal vez Miguel Ángel considerara correcta su teoría: que el problema del Habana estaba en el bateo. Hizo un cambio imprevisto en la alineación al poner en el jardín central a Kimbro, en lugar de Formental. Ambos eran bateadores zurdos, pero Kimbro era mejor en la defensa. El domingo, Formental había dado un solo jit en cuatro turnos al bate contra Lanier, y el lunes se fue en blanco en tres turnos, contra Mayor. Pero Miguel

Ángel no hizo nada contra Sagüita, bateador derecho, que no había bateado nada en ocho turnos al bate, en ambos juegos. El Almendares, que era el primero en salir al terreno en el enfrentamiento final, salió con los mismos jugadores en las mismas posiciones y en el mismo orden al bate que en los dos juegos anteriores. Seguramente, Luque pensó que no había por qué realizar cambios si había tenido éxito.

Las dos fuerzas, las dos tradiciones, el rojo y el azul, estaban a punto de chocar. La tradición de los Azules del Almendares se remontaba a la década de 1860. La historia de los Rojos del Habana también se encontraba en los orígenes de la Liga Cubana. ¿Se había llegado a asociar estos colores con dos deidades sincréticas afrocubanas? El rojo, la fogosa Santa Bárbara o Changó, con su larga espada al costado, contra la azul Ochún,⁶ la Virgen de la Caridad del Cobre, la virgen mulata y patrona de la Isla. ¿Se alineaban los devotos de estas poderosas figuras por el color ritual o se cruzaban las líneas de color, por decirlo así, cuando se ofrecían oraciones e incluso sacrificios indistintamente a una o a la otra? La fe y la liturgia sincréticas afrocubanas, como la música, habían estado uniendo poco a poco a la sociedad cubana en un movimiento que iba de abajo a arriba, de los descendientes de los antiguos esclavos a los de los antiguos amos. Muchos de los jugadores con los cuales hablé, blancos y negros, tenían contacto con la Santería, el manto general de creencias populares en Cuba, que combina las doctrinas católica y africana. Se dice que algunos jugadores eran santeros u oficiantes de algún tipo y que muchos habían sido iniciados. Fermín Guerra, un blanco descendiente de isleños, era santero, según su compañero de equipo de muchos años, Agapito Mayor; y el propio Guerra me dijo que se había hecho el santo. ¿Fue este último juego una guerra entre santeros, un ritual para purgar los muchos conflictos de la sociedad cubana? ¿Sería el perdedor el cordero del sacrificio?

Contenida la multitud en el terreno, Lanier se encaminó al montículo. Aunque era veterano de Series Mundiales y de las luchas por los campeonatos de Grandes Ligas, debe haberle impresionado el fervor y el delirio de las gradas y los alrededores del estadio. Pero Lanier era y sigue siendo una persona tranquila, serena, y en 1946-47 estaba en su mejor forma. Manejó al Habana ponchando a todos los hombres que fueron al bate después de un jit, como si estuviera esforzándose solo lo necesario. Los Leones batearon solo seis jits y anotaron sus dos carreras en el octavo con un sencillo de Klein que picó mal, voló sobre la cabeza de Cañizares y rodó muy lentamente hasta Davenport en el jardín central. Pero para ese momento el juego estaba prácticamente decidido. Almendares había anotado una carrera en el segundo, tres en el tercero y cinco en el

octavo, que tuvieron el efecto de desmoralizar a los contrarios. Hausmann bateó cuatro jits, Fleitas dos y el veterano Amaro otros dos. Para el octavo, ya hacía mucho que Medina había salido, de modo que Almendares hizo las cinco carreras contra sus sucesores, Natilla Jiménez y Lamarque. Armando Roche cerró. En el noveno, el Habana, luchando todavía, puso a dos hombres en bases con dos outs, y Miguel Ángel mandó de nuevo a Cocoliso como bateador emergente. Con el público de pie y arrojando objetos al aire, Lanier lo ponchó para terminar el juego. La multitud se lanzó al terreno, mientras que la policía, alertada por Luque, intentó escoltar a Lanier hasta el dogout. Llegó a duras penas, rodeado por almendaristas que lo adoraban y apostadores a los que su hazaña había reportado ganancias. El Monstruo me dijo, casi cincuenta años después, que para cuando entró en el dogout los apostadores agradecidos le habían metido 1 500 dólares en los bolsillos. Luego, cuando abandonaba el estadio, otros fanáticos excitados intentaron arrancarle parte de la ropa para guardarla como reliquia o recuerdo. «Cuando fui a buscar el taxi me arrancaron la chaqueta. Querían guardar pedazos y dejé que se la llevaran. Corrí hacia adentro y trajeron el taxi hasta debajo de las gradas. Monté y tres camiones me siguieron hasta el apartamento donde vivía».

Una multitud cantaba y gritaba dentro y fuera del estadio. Un fanático vestido como una mariposa azul bailaba frenéticamente en los jardines, como tratando de echarse a volar. Un grupo de almendaristas corrió hasta el jardín central, bajó la bandera del Cienfuegos e izó una enorme bandera del Almendares. En las calles, comparsas y cuadrillas de bailarines llevaban enormes alacranes y en ventanas y balcones ondeaban banderas azules. Hubo un simulacro de entierro de un león y se produjeron algunas peleas a puñetazos. Ernesto Azúa, que escribía para *Avance*, informó que se había visto a un grupo de fanáticos correr hacia el Paseo del Prado para colocar un cubo enorme en la cabeza de uno de los leones que adornan la elegante avenida. Miguel Ángel se abrió paso entre los fanáticos mientras corría hacia la seguridad del dogout, y evadía a quienes lo acosaban con preguntas, balbuceando: «Así es la pelota, así es el deporte...».⁷

El hombre de Santos Suárez, un habanista, tuvo que hacer a pie la mitad del camino hasta su casa. Los autobuses y tranvías estaban repletos de fanáticos excitados y agotados. Recuerda que había fuegos artificiales en el estadio y sus alrededores y en la ciudad parecía reinar el caos. Carmelo Mesa Lago, hoy un distinguido economista de la Universidad de Pittsburgh, y también habanista, me dijo que oyó el último out en la escalera del portal de su casa. Se dio vuelta, corrió por la casa, saltó una cerca y desapareció, para no tener que

ver al niño de la casa de al lado, que era almendarista. Dice haber regresado al anochecer.

Esa noche, la celebración continuó en la capital y en toda Cuba. El consejo municipal de la ciudad de Caibarién, en la provincia de Las Villas, emitió una declaración oficial haciendo hijo ilustre a Agapito Mayor y fijó la fecha para una celebración.

Al día siguiente, Cienfuegos venció al Habana 8 a 3, aunque Klein bateó un jonrón y Formental un triple. Para ese momento, Lanier ya estaba en casa, en su pacífico San Petersburg, Florida, una comunidad de retiro que debió parecerle otro planeta al cansado lanzador. Se había asentado allí porque era el lugar de entrenamiento de primavera de los Cardenales de Saint Louis, el equipo que había abandonado para ir a México. Ni ese año, ni en el futuro inmediato, entrenaría con ellos. Había logrado su más memorable hazaña en Cuba, en donde se le recordaría por siempre; pero en su propio país era un paria, víctima de las guerras del beisbol de 1946-47.

En la mañana del 26, antes del último juego de la Liga Cubana y con los asientos en su mayoría desocupados, los Dodgers jugaron en el Gran Stadium del Cerro. El sonido de la pelota, al dar en el bate, se escuchaba con fuerza en el parque callado, vacío.

Notas

1. Durocher había venido a La Habana por primera vez en los años 30 como miembro del Gas House Gang (los Cardenales de Saint Louis) y, luego, en 1941, como manager de los Dodgers, cuando montó una famosa protesta en un juego de entrenamiento con una selección cubana, celebrado en La Tropical. El legendario árbitro cubano Amado Maestri lo echó del juego y estuvo a punto de ser reducido con más fuerza por miembros de la Guardia Rural de Cuba, cuando intentó resistirse. Batista, en aquellos momentos presidente, se encontraba allí. Pensó que las payasadas de Durocher eran parte del juego y preguntó si al día siguiente repetiría el número. Leo, como era de esperar, se había aficionado a la vida nocturna de La Habana y al lujoso Hotel Nacional en el que se hospedaba el equipo. Los casinos le resultaban de interés especial y es probable

que entrara en contacto con los desagradables personajes cuya presencia en el Gran Stadium fue motivo de su suspensión. Por supuesto, en el hotel en sí no hubo garito hasta los años 50, pero Leo encontró dónde se jugaba en La Habana.

2. Pasquel buscaba que su liga fuera respetable, pero la propia volubilidad de su carácter en ocasiones se interpuso. Por ejemplo, saltó al terreno para intervenir en una disputa en que participaba Maestri, pero el árbitro cubano, que tenía como modelo la imagen de su admirado Bill Klein, lo sacó y se negó a permitir que el juego continuara hasta que se fuera. Pasquel lo hizo, pero Maestri se marchó al día siguiente y regresó a Cuba luego de recoger su paga. Pasquel también irritó a muchos jugadores moviéndolos de un equipo a otro.

3. La entrevista de Luis Orlando Rodríguez a Pasquel se incluyó en un artículo de Ernesto Azúa publicado en *El Mundo*, La Habana, 27 de octubre de 1946, p. 30, titulado «Pasquel continuará este invierno la guerra, firmando jugadores de las Grandes Ligas».

4. Tanto Amaro como Orta tuvieron hijos que llegaron a las mayores.

5. Conrado Marrero vive aún. Tanto él como Martín Dihigo fueron seleccionados —mediante una encuesta popular realizada recientemente— entre los mejores atletas del siglo xx. [N. de la R.]

6. El autor se confunde al conferirle a Ochún el color azul, que corresponde en realidad a Yemayá, o la Virgen de Regla [N. de la R.]

7. En una entrevista realizada al segunda base del Habana, Heberto Blanco, el 29 de septiembre de 1998, en el solar en que vive en La Habana, se ofreció otra versión de la caída de los Leones. Luego de rendir homenaje a Miguel Ángel González, a quien dice reverenciar como maestro, Blanco indicó, vacilante y cuidadosamente, que el manager de los Rojos había dejado que el equipo perdiera, al no colocar a Martín como lanzador en los momentos apropiados, a fin de que el campeonato se hiciera más interesante y rentable. Blanco, un hombre correcto, pensativo, que invocó la frase de Ortega y Gasset de que el hombre era «yo y mis circunstancias» para excusar a González, reconoció también que en la fatídica jugada sobre el jit de Fleitas, su hermano Carlos sencillamente había jugado mal. «La tореó», dijo.

© **TRINIDAD**, 2001.